

# Connotación filosófica de la muerte dentro de la Psicología

**José Eduardo Hernández Solarte**  
Psicólogo Egresado del Programa de Psicología  
Universidad Mariana

## Introducción

La concepción de la muerte abarca múltiples áreas del conocimiento, desde antiguos dogmas religiosos, diversos sistemas filosóficos, inmensos volúmenes de literatura y poesía clásica, llegando hasta la actual medicina neurológica, que es la encargada, oficialmente, de decretarla. Y siempre será un tema de actualidad, ya que la muerte forma parte integral de la vida: todo ser biológico culminará su existencia en la inalterable muerte. El famoso filósofo e historiador de las religiones Eliade (como se citó en Ossorio, 2012) afirma que “todos los hombres pugnan por penetrar en el misterio de la muerte y aprehender su significado” (p. 21). Y así es, puesto que los secretos que conlleva ella no son fácilmente accesibles, convirtiéndose en un tema de sumo interés y especulación. Es más, la muerte representa un límite en sí, no sólo por el significado implícito del término, sino también a nivel epistémico, Gosetti-Ferencei (2017) afirma que, “la muerte es la línea de horizonte del pensamiento: no puede existir, hablando con propiedad, ninguna ontología de la muerte, ya que no es nada, y tampoco podría existir una fenomenología de la muerte, ya que nunca aparece” (p. 124).

Pero ¿por qué es tan importante hablar sobre la muerte?, ¿qué implicaciones a nivel psicológico traería el confrontarla? Para responder estas preguntas es necesario echar un vistazo al contexto del mundo actual y, sobre todo, del significado que conlleva dentro de occidente. Es evidente que, hoy en día, la noción imperante de la muerte encarna una perspectiva totalmente negativa y fatalista. La gente huye de ella a toda costa, le teme y la aborrece. La no aceptación de este inevitable hecho como el fenómeno más natural de la vida, únicamente puede conllevar a no vivirla plenamente. Frutis (2013) señala

que, “tener miedo a la muerte es tener miedo a la vida y ese temor no ayuda a vivir, al contrario, perjudica” (p. 47). Desde el existencialismo filosófico es comprensible esta postura, ya que huir o evadir una etapa vital no es mentalmente sano desde ninguna perspectiva.

La respuesta ante el primer interrogante se abarcará desde el punto de vista de Py y Oliveira (como se citó en Rodrigues, 2011), quienes sostienen que:

Aceptar el fin de nuestra existencia se hace un proceso complejo, porque vivimos en la era de las maravillas de la ciencia y de la tecnología, de la conquista del cosmos y de la longevidad humana; del acontecimiento de los espacios y de la supresión del tiempo; del gozo virtual de guerras fantásticas; de la entrega de la cultura al imperio del mercado del lucro; de la cantidad avasalladora de información y anulación de las calidades de los criterios de valor; de la ley del consumo y de los desechable, consumiendo y descartando cuerpos vivos; de la primacía de la violencia y del individualismo y en la insistencia de la negación de la finitud. (p. 3)

Hoy en día, la tecnificación del mundo, la amplia acogida de la era científica y el predominio del pensamiento positivista han alterado la connotación que el hombre de antaño poseía respecto su propia muerte. El humano moderno tiene la seguridad de ser “superior” a su ascendencia; a aquellos que los preceden cronológicamente se los considera como sujetos caducos, supersticiosos y de pensamiento precario, pertenecientes a una era que debe ser superada. Esto transforma el sentido otorgado a su muerte y, por tanto, a su vida.

En el pasado, las distintas culturas y civilizaciones poseían diversos rituales que abarcan desde el recibimiento del

bebé, pasan por la iniciación del adolescente a la adultez, hasta los de preparación mortuoria del hombre que agoniza y se dirige hacia los aposentos de la muerte. Por su parte, Díaz (2011) afirma acerca de las iniciaciones de los procesos vitales del hombre:

Todo rito correspondiente a una «iniciación», desde las celebraciones de nacimiento hasta las que se desarrollan en torno a la muerte. El rito de iniciación conmemora el pasaje de un estado viejo a una nueva vida, simbólicamente representa la transformación, la muerte de lo antiguo y el nacimiento de lo nuevo; la ofrenda, el agradecimiento, la bienvenida y la preparación para la era que alborea. Estas prácticas, psicológicamente cumplen, a su vez, un papel de «cierre» de etapas, algo que hoy en día suele ser peligrosamente pasado por alto. (p. 61)

Es evidente que, dentro de las diferentes culturas, la cotidianidad se encuentra repleta de tradiciones que abarcan toda la vida del individuo. Solo cabe mirar el pasado de la mayoría de personas a nivel continental, en donde un gran porcentaje pasa por el ritual del bautizo. La página oficial del Vaticano, la Santa Sede (2019) afirma que, “en una población mundial de 7,408 millones, los católicos bautizados son 1,313 millones o el 17.7 %, y de ellos, el 48.5 % se encuentran en América” (p. 1). Cabría recordar que sucede algo similar con el sacramento final, en donde las honras fúnebres comúnmente son realizadas con su respectivo ritual. Pese a la importancia que estos actos tienen a nivel simbólico para el hombre, tienden a una notable disminución; según Weisz (2017), la ciencia reemplaza lentamente a la religión, los procesos de secularización globales que se aceleran día a día lo afirman.

Así, dando continuidad a la temática de los procesos naturales del hombre, Díaz (2011) sostiene que:

El hombre se transforma con los años y debe aceptar la transmutación de su soma cuando cobra vitalidad, pero también cuando la pierde y gana en decrepitud, así como las transformaciones de su espíritu. Los ritos en las antiguas civilizaciones tenían como uno de sus propósitos ubicar al sujeto en su correspondiente lugar social en relación a lo propio de su edad, por eso se lo iniciaba para una nueva vida, abandonando su estatuto pasado, lo que implica que el sujeto seguirá siendo el mismo, aunque haya logrado

una superación, y se haya posicionado psicológicamente en otro lugar [...] una mente sana está en armonía con las necesidades vitales de la etapa que el sujeto se encuentra transitando, con aquello que reclama su cuerpo, su alma y su realidad social. (p. 61)

De esta manera, se clarifica la idea de que el símbolo es un ente vivo y cargado de significación (Jung, 1995) y, por ende, para el hombre es trascendental, a tal punto que, ante la carencia de este símbolo representado usualmente por determinado ritual, el hombre no lograría transitar de manera adecuada y propicia hacia su siguiente nivel. La transmutación hacia sus nuevos roles pasaría por una obstrucción que incapacita al individuo a asumir sus nuevos papeles como un miembro activo y funcional de la sociedad. La confusión que desencadena el paso de un proceso vital a otro provendría de la falta de un ritual propicio que marque el momento exacto de este movimiento y ubique a la persona como un ente que ha evolucionado.

**Acompañamiento espiritual y psicoterapia.** Un claro ejemplo de lo dicho con anterioridad es la propuesta de Villegas (s. f), quien afirma que:

En la mayoría de tradiciones religiosas la muerte es considerada el inicio de un viaje hacia otro mundo para el que el viajero necesita el beneplácito o bendición de sus allegados. El ritual cristiano del «viático», del latín vía, camino, se inspira precisamente en este concepto de viaje. El mito de Caronte, el barquero que acompaña a las almas en su viaje hacia el averno, responde igualmente a esta representación. (p. 30)

Aquí es posible vislumbrar un modelo de tantos existentes en diferentes culturas. Este ritual propio del catolicismo contribuye a la aceptación, comprensión y superación del miedo implícito que conlleva morir. Un ejemplo similar es el sacramento de la extremaunción, acerca del cual, Lara (2017) hace referencia a la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosantum Concilium*, en su capítulo III:

[...] No es solo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez. (p. 194)

Continúa Lara (2017) con relación al sacramento de la Unción de los Enfermos, en donde se dice por única vez estas palabras: “Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad” (p. 196).

Para el creyente este acto religioso puede servir de gran confort en aquellos momentos de tristeza en que la persona observa y se enfrenta directamente con la finitud de su vida. Esta tranquilidad resultante de recibir un símbolo considerado como sacro es capaz de recobrar el equilibrio psíquico del individuo en sus últimos momentos, otorgando sosiego a la turbación. El sentimiento de paz que proviene de la sensación de tener contacto con aquello que yace más allá del mundo material de lo profano, puede traer reconciliación del sujeto con sus allegados y familiares y, lo más importante, consigo mismo. Entonces, ¿por qué cohibir al agonizante de todo esto?

Ahora, estas honras fúnebres, eventualmente, no son y jamás deberían compararse con la realización de un proceso psicoterapéutico concebido para la tranquilidad del doliente. Aun así, Hostie (1961) señala que, “a interacción de la psicoterapia y la dirección espiritual es, pues, inevitable” (p. 195). Esto es contemplado desde una cosmovisión junguiana, puesto que este último, al ser un estándar en la materia de Psicología de la Religión, ha practicado empíricamente y teorizado sobre esta singular relación. Continúa Hostie haciendo referencia, específicamente, al sacramento de la confesión: “nuestra resolución opuesta a la identificación de la confesión y del análisis psíquico no excluye toda posibilidad de colaboración entre el sacerdote y el terapeuta. Al contrario, nos permite delimitar los campos específicos de las dos terapias del alma” (p. 201).

Esto da a entender que, si bien, estos dos campos no se pueden asemejar en su totalidad, su limitación es fundamental a la hora de prestar un servicio adecuado a quien lo requiere. Así bien, un terapeuta que vea necesaria la injerencia de un guía espiritual, debería notificarlo a su paciente y, de igual manera, a un sacerdote, que contemple que una problemática de un feligrés sale de su campo de acción, debería recomendarle una terapia psicológica.

Para entrar en defensa del argumento anterior, se cita a Villegas (s. f), quien afirma acerca del papel del psicólogo en la etapa de la muerte:

Naturalmente no se trata de promover un cambio en la vida de la persona ni de abordar una sintomatología patológica definida en el DSM (muchas de ellas desaparecen espontáneamente ante la inminencia de la muerte). Se trata más bien de un acompañamiento profundamente humano en el proceso de morir, facilitando la expresión de los sentimientos, la elaboración del duelo por la pérdida, el cierre de los asuntos inacabados, la mediación, a veces, entre el moribundo y sus familiares. (p. 26)

**La naturalidad de la muerte.** El político y filósofo Séneca (citado por Frutis, 2013) afirmaba: “cada día morimos: cada día se nos quita alguna parte de la vida, e incluso cuando crecemos nuestra vida decrece” (p. 45), afirmación real en el sentido de que el ser humano se dirige constante e inevitablemente hacia los aposentos de su óbito. Pero su connotación particular le brinda un toque fantástico de naturalidad. Frutis (2013) continúa: “tener miedo a la muerte es tener miedo a la vida y este temor no ayuda a vivir, al contrario, perjudica” (p. 47). Si se contempla la muerte como parte integral de la existencia, como un proceso vital de suma importancia y, como se verá más adelante, como parte de la culminación y realización del ser, se comprende que su negación priva de la totalidad al hombre, trayendo infelicidad a su existencia. El miedo entraña sufrimiento, pero la reconciliación con él puede traer equilibrio.

Frutis (2013) continúa, “quien no quiere la muerte es porque no quiere la vida (...). El aceptar la muerte ayuda a vivir sin temor” (p. 48). Aunque quizá hoy en día parezca difícil comprender este singular matiz, es de amplio conocimiento de la Psicología existencialista que el hombre solo al aceptar sus temores y limitaciones puede confrontarlos, aprender de ellos e integrarlos a su psique para convertirse en un ser holístico y capaz de ascender hacia nuevas alturas. Si bien Séneca se encuentra adscrito al estoicismo, Arredondo (2013), de manera paralela, manifiesta, “según esta rama de la Psicología (existencialista), el enfrentamiento con la muerte puede causar consecuencias positivas atribuidas al desarrollo personal, que transforman al individuo radicalmente” (p. 38).

Aquel que ha ido más allá del miedo y junto a él busca la plenitud, puede encontrar la tranquilidad, no en el mundo ni en otros, sino en sí mismo. Solo cabe imaginarse a un individuo que se muestra inalterable y ha prevalecido ante los designios indiscutibles del mundo, para entrever las posibilidades que se abren al hombre que busca conquistar, más que tierra y materia, a sus propias pasiones. Para Yalom (citado por Arredondo, 2013), psicoterapeuta existencial, al enfrentarse con la muerte, resulta común que ocurra una reafirmación de prioridades relacionadas a volverse más compasivo y más orientado al ser humano que antes. Lo cual es enteramente comprensible, ya que es normal que, al enfrentarse a la limitación del ser, a la vacuidad, la nada, la oscuridad y el silencio que se baten en el hombre para alterar su zona de confort, lo obligan a una inmensa introspección para buscar un sentido más profundo de vida.

El temor del hombre a lo desconocido es una explicación válida de esa extraña sensación que se siente ante la muerte. Gosetti-Ferencei (2017) nombra al filósofo que partió la historia de Grecia en dos y afirma que Sócrates sugiere que una relación virtuosa con la muerte significa, ante todo, reconocer nuestra ignorancia acerca de ella. Gosetti-Ferencei (2017) refiere que, "Heidegger considera la muerte como una tentativa de captar la posibilidad de ser un todo del Dasein, o el ser humano por su propio ser" (p. 125), puesto que este la considera como la posibilidad más propia del Dasein y solo mediante ella se puede alcanzar la tan anhelada plenitud humana; es decir, la muerte comprendida como la etapa final del ente guarda sus propios misterios, que solo le son revelados a quien los busca a causa de su acaecer existencial. Justificándolo se encuentra Rivara (2010), quien sostiene: "[...] es justamente la muerte como estructura del ser lo que nos puede llevar a hablar de la totalidad del «ser ahí y aun explicarla»" (p. 66).

**Preparación para la muerte.** Asimismo, se cita a un genio ubicado entre los pesimistas y escépticos, Cioran (como se citó en Aldana-Piñeros y Garzón-Pascagaza, 2017), quien afirma: "nadie prepara ya su muerte, nadie la cultiva (...) Los antiguos sabían morir. Elevarse por encima de la muerte fue el ideal constante de su sabiduría. Para nosotros, la muerte es una sorpresa horrible" (p. 315). Esta sentencia define bastante bien el enfoque actual manejado por el mundo occidental, puesto que, sin hacer

una apología a la muerte, es sabido que, en el pasado, la relación del hombre con ella era más íntima y natural. Motivo por el cual jamás se la repudió ni se huyó de ella, sino que se la acogía con la valentía del caso, lo que otorgaba mucho honor al moribundo.

Si bien es cierto, el juicio de Cioran, en el que afirma que la muerte es trágica, arbitraria y sin sentido y, al mismo tiempo, abre una plenitud vital que sin ella no sería posible (Aldana-Piñeros y Garzón-Pascagaza, 2017), es menester preguntarse, ¿cómo se hace?, a lo cual, el mismo autor responde: "el sentimiento interior de la muerte resulta fecundo a condición de que nos permita dar profundidad a los actos de la vida. Esta relación hace que esta pierda su pureza y encanto, pero gana infinitamente en profundidad" (Aldana-Piñeros y Garzón-Pascagaza, 2017, p. 327). Esto significa que dilucidar acerca de la muerte es positivo, en tanto que, tras una búsqueda profusa, el sujeto se familiariza a tal punto con el objeto indagado que pierde el miedo al tabú y adquiere profundidad acerca del tema, en donde los conocimientos son encaminados hacia las contemplaciones internas, convirtiéndose en comprensión y sabiduría: la muerte, si bien aún no ha llegado, ha sido superada de antemano.

En este sentido, cabe decir que la recuperación de los antiguos rituales que preparan al sujeto para la muerte, históricamente, han realizado una función fundamental para una asimilación más natural de esta nueva etapa, la cual no tiene una buena asimilación por el colectivo social presente. Entonces, ¿por qué no instaurar nuevamente rituales con profunda significación para el sujeto, sin necesidad de recurrir al dogma religioso? Lo sagrado no se encuentra suscrito de manera necesaria a la institucionalidad eclesíástica, sino que subyace en el hombre. En Corintios 3:16, se dice: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?"

## Conclusiones

A manera de terminación de este ensayo, se puede afirmar que los rituales antiguos conferían al hombre una significación inequívoca de su transmutación hacia nuevos roles culturales e intrapsíquicos que cumplir; lo que puede hacerse hoy en día. De manera paralela, la connotación adversa y fatalista, que hoy en día se maneja respecto a la

muerte, debería ser modificada en el inconsciente colectivo humano, para poder ser contemplada como un proceso vital natural, que forma parte de la misma existencia, no solo humana, sino total. Es de resaltar también, el reduccionismo al que se encuentra sometida la Psicología actual, que busca explicar todos los problemas humanos desde la estructura neurocerebral. Y así, el positivismo ha relegado a la gnoseología, ontológica y la ética, olvidando sus raíces. La Filosofía forma parte integral de la Psicología, por lo tanto, su enseñanza en instituciones de educación superior debe ser contemplada nuevamente en los planes curriculares. Si morir es necesario para el holismo, según Heidegger, es de tener en cuenta las palabras de Platón (como se citó en González, 2016): “los que filosofan en el recto sentido de la palabra se ejercitan en el morir, y son los hombres a quienes resulta menos temeroso el estar muertos” (p. 118).

### Referencias

- Aldana-Piñeros, A. y Garzón-Pascagaza, E. (2017). El Sentimiento de muerte como límite existencial en la obra de E. M. Cioran. *Ideas y Valores*, 66(163), 311-331.
- Arredondo, A. (2013). *Aproximación al Fenómeno de la Eutanasia desde una Perspectiva Psicológica* (Tesis de pregrado). Universidad de las Américas Puebla, Puebla México.
- Díaz, R. (2011). La pérdida del ritual en los tiempos actuales y su relación con las adicciones. En *III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XVIII Jornadas de Investigación*. Congreso llevado a cabo en el Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, Universidad Nacional de San Luis, Buenos Aires. Argentina.
- Frutis, O. (2013). La Muerte en el Pensamiento de Séneca: una Lección Moral. *La Colmena*, 78, 45-52.
- González, J. (2016). Necrológicas Filosóficas. La muerte del filósofo y la obituarización del pensamiento. *Escritos*, 24(52), 115-140.
- Gosetti-Ferencei, J. (2017). Muerte y Autenticidad. Reflexiones sobre Heidegger, Rilke y Blanchot. *Andamios*, 14(33), 123-148.
- Hostie, R. (1961). *El Mito y la Religión* (Trad. A. Álvarez). España: Editorial Razón y Fe.
- Jung, C. (1995). *El Hombre y sus símbolos* (Trad. L. Escolar). Buenos Aires: Paidós Ibérica.
- Lara, A. (2017). De la Extremaunción a la unción de los enfermos. un cambio litúrgico en la Iglesia Católica. *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 3(5), 191-198.
- Ossorio, M. M. (2012). *Muerte y religión en Mircea Eliade* (Tesis de Máster). Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España. Recuperado de [https://eprints.ucm.es/15105/1/MargaritaOsorio\\_TFMyMemoria.pdf](https://eprints.ucm.es/15105/1/MargaritaOsorio_TFMyMemoria.pdf)
- Rivara, G. (2010). Apropiación de la Finitud: Heidegger y el Ser para la Muerte. *Revista En-Claves del Pensamiento*, 4(8), 61-74.
- Rodrigues, A. (2011). La espiritualidad ante la proximidad de la muerte. *Revista Enfermería Global*, 10(22). Recuperado de <http://scielo.isciii.es/pdf/eg/v10n22/reflexiones2.pdf>
- Santa Sede. (2019). Presentación del Anuario Pontificio 2019 y “Annuarium Statisticum Ecclesiae 2017”. *Bollettino Sala Stampa della Santa Sede*. Recuperado de <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2019/03/06/pres.pdf>
- Villegas, B. M. (s.f.) Preparación para la muerte. Recuperado de <https://www.centroitaca.com/pdf/biblioteca/PREPARACI%D3N%20PARA%20LA%20MUERTE.pdf>
- Weisz, E. (2017). Los procesos de secularización y possecularización a la luz de la sociología Weberiana de la Racionalización. *Política & Sociedade – Florianópolis*, 16(36), 97-127.